

Marianela Luna

## La velocidad es mi escuela

Luna, Marianela  
La velocidad es mi escuela / Marianela Luna. - 1a ed. - Rosario:  
Brumana, 2021.  
90 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-47561-8-3

1. Literatura. 2. Narrativa Argentina. I. Título.  
CDD A863

Foto de tapa: Mariano Ferrari | [marianodferrari@gmail.com](mailto:marianodferrari@gmail.com)

© Brumana Editora  
[brumana.editora@gmail.com](mailto:brumana.editora@gmail.com)

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.  
Todos los derechos reservados.



**Marianita**

Nos mudamos a zona sur cuando cumplí diez años. Pasar del barullo del microcentro al silencio del barrio significó la pérdida total del anonimato. Ya no era una piba del edificio de dieciocho pisos sino la hija *de* que se junta *con*. En un principio, fui la vecina de Marianita, la hija de la bioquímica que vivía al lado. La cuadra entera era una revista leída por todes y cuando faltaba algún dato para encarnar un chisme, se acudía a un calificativo, marca de auto o ubicación: la puta del duna, el faloperero del citroen o la bobita de la esquina. Así es como yo había apodado a Mariana.

Por la tarde, los adultos tomaban mate en la vereda mientras las nenas andaban en bici. A los pocos días, me compraron una mountain bike de adolescente para que yo también lo hiciera. A partir de este gesto entendí que el barrio funcionaba como un dominó y que, sin discreción, había que imitar o superar a los vecinos. A esa misión, se sumaba el deseo familiar de que hiciera amigas “para que la negrita no sufra tanto el cambio”, había escuchado

decir a mi madre. Nunca entendí a qué cambio se refería. Yo de casualidad me hablaba con una sola señora en el edificio que jamás extrañaría. La bicicleta tenía demasiados propósitos. Quizá por eso la habían elegido mountain bike.

En poco tiempo, mis padres se unieron al mandamiento de la cuadra y a eso de las seis sacaban las reposeras a la vereda. Hacían tiempo tomando mate con nutrasuí y esperaban a que hubiera otras hijas pedaleando para sacarme a andar. Yo me sentía un perro en su horario de paseo, los odiaba. A propósito, andaba de esquina a esquina con el walkman puesto, cosa de no hablar con nadie. Así y todo, Marianita me frenó a la vista de mamá, me bajé los auriculares y lo dijo: ¿quierés ser mi amiga? Mamá respondió por mí con la mirada. Yo la miré con odio, suspiré y asentí con la cabeza: bueno, dale.

Al día siguiente estaba en el patio de la mansión de Mariana jugando a cosas de lelas. Enseguida comprobé que Marianita era más estúpida de lo que pensaba. A mamá, en cambio, le encantaba que tuviese una amiga. No podía verme sola que me mandaba a buscarla. Una tarde, escuché a nuestras mamás hablando en la vereda. Graciela dijo algo acerca de un tratamiento de su hija y mamá hizo el sonido de compasión que hace cuando algo la apena. Después pronunció un “pobrecita, mi vida”.

Al día siguiente, me invitó a su casa y tuve que ir. Le propuse jugar al cuartito oscuro. Ella dudó y propuso las muñecas pero yo le mentí y le dije que con mis amigas —que eran más grandes— no jugábamos más a esos juegos de nena. Volvió a dudar pero aceptó. Me tocó esconderme primera. Estuvo tres horas para encontrarme en un cuarto diminuto. Hasta en eso era lenta. Después me tocó a mí ser la que buscaba. Le di tiempo para esconderse y, mientras esperaba afuera tuve un impulso que no pude rechazar. Cerré la puerta del cuarto —que sólo se abría desde afuera—y me fui corriendo a casa. Me latían el corazón y la panza, sabía que lo que había hecho estaba mal. Lo que no sabía —y tampoco sabría Marianita hasta esa tarde— es que era claustrofóbica. Lo supo gracias a la crisis que tuvo al encontrarse encerrada.

Al rato su mamá fue a casa para hablar con la mía. El llanto de Mariana se escuchaba desde el patio. Mamá me llamó de un grito y me preguntó adelante de la mujer por qué había hecho eso. Yo puse mi mejor cara de desentendida y le dije que no sabía de qué me hablaba, que me había ido de su casa porque Mariana me había echado luego de encerrarse.